

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Una misión de académicos franceses ha venido a Madrid y se ha puesto en contacto con la intelectualidad española, de diversos modos y en varios sitios. Han sido recibidos con simpatía, agasajados con cortesía entusiasta, y escuchados con profundo interés. Se ha visto claramente que existe aquí una corriente poderosa de aproximación a Francia. Yo recojo hechos, sin comentarlos, porque su significación, el lector la deducirá.

Entre los visitantes, se destaca el filósofo Bergson, que viene precedido de una fama mundial, reuniéndose a escucharle, en el Ateneo, un público que no cabía allí ni de pie, y que rebosaba por los pasillos, en los cuales, singular fenómeno, ni se discutía ni se quebrantaba el más religioso silencio.

Cuando vi a Bergson, quedé sorprendida de lo exiguo de su figura, que casi puede llamarse inmaterial. Me contaba Vidor que por el camino de París a Madrid, Bergson no probó alimento alguno. Y sus compañeros, en broma, le decían que era tanto lo que iba consumiéndose, que llegaría un instante en que quedaría como los querubines, con solo una cabeza y dos alas, no pudiendo sentarse, por no tener con qué.

Vienen en la misión, además de Bergson, el historiador Imbert de Latour, el doctor Edmundo Perier, Presidente de la Academia de Ciencias de París, y el Sr. Vidor, artista eminente, que ha dado en el Ateneo una interesantísima conferencia sobre Massenet.

De Bergson habíamos oído hablar mucho aquí, siempre que salían a relucir las nuevas direcciones espiritualistas de la filosofía. Debe advertirse que no por ser espiritualista, es ortodoxa la filosofía de Bergson. Acaso hay en ella algo de panteísmo, y por eso habrán sido puestos en el Índice sus libros.

He dicho que «acaso» haya en la filosofía de Bergson una dirección panteísta, porque, lo confieso con rubor, no he leído sus obras. La literatura propiamente dicha me atrae más que la filosofía, y no queda mucho tiempo disponible para otras cosas. Pero la misión francesa ha venido a descubrirme este vacío en mi cultura, y me dispongo a leer los libros de Bergson. Tengo de tiempo inmemorial permiso para los prohibidos (no se asusten los timoratos). He oído en el Ateneo la primera conferencia de Bergson; no es fácil, por una conferencia, enterarse del sistema de un filósofo.

Hora y cuarto duró la conferencia de Bergson, sobre el *Alma humana*, y nadie se distrajo un punto. La gente contenía la respiración. Estaban como en misa, a pesar de lo incómodo de escuchar de pie.

Bergson sentó la doctrina de que la filosofía no es una abstracción; tiene, al contrario, afinidad con el arte, y el filósofo debe hablar tan claro, que el menos entendedor lo entienda. Cuando terminó su plática, quedó en efecto demostrado que posee el don de hacerse entender. Sin embargo, yo debí entenderle medianamente, y conmigo algunos periódicos que le extractaron, porque me figuré que decía ser imposible demostrar la inmortalidad del alma por medio de la ciencia, y he aquí que, en la Embajada francesa, donde se celebró un sarao, el mismo Bergson me dijo que había afirmado lo contrario. Según el ilustre profesor, cabe sostener la inmortalidad del alma por el raciocinio, pero otro raciocinio puede probar lo contrario, y destruir el primero. La prueba científica, en cambio, sería irrecusable. Bergson ha estudiado, por espacio de siete años, las enfermedades mentales, y de este estudio ha deducido la independencia del alma con respecto al cerebro, y su persistencia después de la muerte. En la conferencia citó, es cierto, algunos casos curiosos de pérdida de la memoria; pero yo no sé si bastan para demostrar tan importante tesis.

Entiende Bergson que si la ciencia propiamente dicha estudia lo externo, la materia, la filosofía se consagra a escudriñar lo interno, es decir, el alma del hombre. Y como en el mismo momento en que esto escribo me llegan dos libros de Bergson, abro

uno de ellos, *Materia y memoria*, y en él encuentro algo de lo que puede llamarse su impugnación del materialismo. Intenta establecer la independencia de nuestro espíritu, con relación al cerebro. No admite que se presenten la sustancia gris y sus modificaciones como cosas que se bastan a sí mismas y pueden aislarse del resto del universo. Bergson reclama para nuestro sistema nervioso el organismo que lo nutre, la atmósfera en que ese organismo respira, la tierra envuelta por esa atmósfera, y el sol alrededor del cual gravita la tierra.

Desde luego, Bergson resuelve el problema, tantas veces planteado, de la transición del sujeto al objeto, declarando que es absurdo preguntarse si el universo existe solamente en nuestro pensamiento, o también fuera de él.

El problema, entiendo que debe plantearse en función de imágenes, y las mismas imágenes pueden entrar en dos sistemas distintos, uno que pertenece a la ciencia, otro a la conciencia. Del primero se deriva el realismo materialista; del segundo, el idealismo subjetivo. El primer sistema parte de la experiencia presente; con el segundo se afirman el pasado, el presente y el porvenir. El realismo hace de la percepción un accidente, y por consiguiente, un misterio.

La función esencial de la conciencia es la percepción, y no hay percepción que no esté impregnada de recuerdos. Yo diría, por cuenta propia, que los recuerdos modifican la percepción de un modo efacísimo. Para Bergson, es la memoria lo que impide la percepción ideal. Yo diría también (decir algo, en estas por mí infrecuentadas materias, es un atrevimiento, y lo reconozco), que no sabemos cómo sería una percepción ideal; pero nos consta que la memoria educa nuestras percepciones, guiándonos por la adquisición anterior de experiencia.

Memoria tienen también las especies animales, y más tenaz que la humana. Jamás olvida el animal el sitio donde ha sufrido, el castigo que se le ha impuesto, la ventaja que encontró en acercarse a determinado lugar o persona. Entre otros tristes privilegios, posee el hombre el de olvidar a veces los datos que debieran ponerle en guardia. Por eso hubo un gran filósofo que estampó esta frase triste: «Acuérdete de desconfiar». El animal no necesita que se lo avisen: se acuerda de desconfiar, si una vez fué escaldado, hasta del agua fría.

No es posible analizar aquí la teoría de Bergson. Está erizada de dificultades y escollos, y él mismo se da cuenta de ello, y se pregunta, por ejemplo, por qué la percepción presente atrae un recuerdo, en lugar de otro. Todo lo que se refiere a la función cerebral es difícil de explicar, aunque se posea un don de coordinación de los hechos y de lucidez para interpretarlos como el que Bergson posee. En su libro encuentro, a veces, detalles que me sorprenden por lo bien vistos. He aquí uno, que se limita a consignar un hecho por todos observado. «La disminución aparente de la memoria — dice — a medida que se desenvuelve la inteligencia, estriba en la organización creciente de los recuerdos con los actos.» Todo el mundo ha notado que los niños superan en memoria a los grandes; y hay otro caso, de que Bergson no hace mérito: se recuerda mejor lo que se ha visto o aprendido en la infancia, que lo que se aprende después. También los hombres de escaso desenvolvimiento intelectual poseen esta exageración de la memoria espontánea. Bergson cita el caso de un salvaje de África, que habiendo oído un largo sermón a un misionero, lo repitió textualmente y con los mismos ademanes, desde el principio hasta el fin.

Quizás por eso se diga que la memoria es el talento de los tontos. No es, sin embargo, lo mismo ser tonto, que ser niño o salvaje. Y han existido hombres de muy notable inteligencia, cuya facultad superior y predominante es la memoria. Entre ellos, Marcelino Menéndez y Pelayo. Su memorión fué su defensa y su arma en las batallas de la erudición, en las polémicas, en la enseñanza, en todo.

Si bien se mira, los desmemoriados, o los que poseen una memoria infiel e insegura, necesitan trabajar doble para conseguir un resultado inferior. Están expuestos, además, constantemente, a la cogida, al lapsus y al gazapo. Nada se atreven a afirmar, por temor a confusiones, y necesitan, antes de hablar, consultar datos, documentos y libros. Aun poseyendo entendimiento superior, el error de una fecha, de una cita, de una noticia, les puede desconcertar y hacerles blanco de la sátira. Yo sigo creyendo que el entendimiento es una cosa y la memoria es otra; no obstante, el lucimiento de la sabiduría se funda principalmente en la memoria.

Nadie creerá que yo me incline al materialismo. Sin embargo, la idea de la independencia del espíritu

con relación al cerebro, no puedo admitirla sino para después de la muerte. Mientras vivimos, y el cerebro se encuentra sano, conservamos el albedío; pero, y esto no pasa de reconocer un hecho comprobado, toda alteración del cerebro altera el espíritu, o dígame, si se prefiere, la conciencia. No hablemos de las alteraciones por la locura, cuyo estudio está realmente en embrión. Fijémonos sólo en lo que turba una dosis de alcohol, una gotita de sangre, la rotura de un vaso.

No confundo, libreme Dios, al cerebro con el espíritu: pero su independencia, durante esta vida mortal, es difícil de sostener. Y en cuanto a las afirmaciones e indagaciones filosóficas sobre tan arduas materias, son muy honrosas, y es blason humano buscar la certidumbre por todos los caminos; pero no creo que nunca tal certidumbre se adquiera. Sólo la fe puede dar ese reposo íntimo, que la filosofía no proporciona.

Viniendo a la personalidad de Bergson, diré que es muy curiosa e interesante. En su cara resplandece la más viva inteligencia, y en su manera de hablar, la viveza más extraordinaria. No pertenece al número de los filósofos que parecen dormidos, absortos en su interna contemplación. Al contrario: es despabilado como un pollo recién nacido, y está lleno de penetración, de esa percepción a que tanto alude. Su manera de expresarse es categórica e insistente, y no abandona una idea hasta que la incrusta, por decirlo así, en la mentalidad del auditorio. No por eso es difuso. Al contrario: su cuidado especial se ve que lo pone en reducir al menor número posible de palabras la expresión de los conceptos, y hacer que éstos se transparenten, por decirlo así, al través del verbo.

Bergson nos habló, muy brevemente, de la filosofía española. Lo hizo para expresar el para nosotros halagüeño convencimiento de que tenemos filosofía española, de que no nos ha faltado esa disciplina del espíritu. Sospecho, sin embargo, que el eminente pensador no estaba de ello enteramente convencido. Y me fundo en que no alegó más prueba de su tesis que nuestro misticismo, o por mejor decir, nuestros místicos. Ciertamente que los místicos (y las místicas, como Santa Teresa y la Venerable de Agreda) constituyen un aspecto magnífico de nuestra mentalidad; pero va unido, en la historia de nuestra filosofía, a otros muchos, también gloriosos. Hemos tenido grandes pensadores desde Séneca hasta nuestros días. Figuran en la lista hebreos españoles, árabes españoles, especuladores del renacimiento, como Vives; de la Edad Media, como el todavía no acabado de explotar, Raimundo Lulio; y aun en nuestros días bien podemos ufanarnos de Balmes y del marqués de Valdegamas, y terminar la serie con el nombre del sonriente filósofo D. Ramón de Campoamor. ¡Oh, si Campoamor hubiese nacido en Francia!

No hemos sido estériles tampoco en eso. Se ha apurado la materia, en famosas y aun olvidadas discusiones, en que actuaron de vindicadores nuestros Marcelino Menéndez y Pelayo y D. Gumersindo Laverde. España tuvo su filosofía; y con caracteres muy nacionales, lo cual es un mérito más.

He hablado de la primera conferencia de Bergson; quehaceres que no pude aplazar me impidieron asistir a la segunda. Insisto en que es imposible hablar con mayor diáfana, ni pronunciar y construir el francés de un modo más perfecto. Oyendo a este eminente profesor, se comprende su fama.

Y considero muy conveniente su venida a Madrid. En los momentos que atravesamos, Francia quiere acercarse a España. Y no es sólo en los momentos que atravesamos: esta tendencia, como la del renacimiento patriótico, viene de atrás. A ella obedeció la fundación del Instituto francés, en la calle del Marqués de la Ensenada, y el establecimiento del intercambio de cultura, que ya ha dado muy sazonados frutos. Los que queramos a Francia, frecuentamos el Instituto, asistimos a sus lecciones y conferencias, no lo hemos perdido de vista. Al frente del Instituto está ahora Pierre Paris, que ha perdido dos hijos en la guerra, y que me presentó al tercero, cojo de una herida reciente, en el frente también. Y yo recordaba la consigna: «No quejarse, no aparecer tristes...»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.